ESQUIZOFRENIA

Unos treinta y tres minutos han pasado desde que Ignacio se creyera caminando desde el Centro Histórico rumbo a Chapultepec. Lleva la cabeza muy en alto como si intentara evitar el suelo o simplemente tratara de montarse sobre esos altos edificios. Ignacio ha tenido la loca idea de que caminando así el miedo se esfumará. Un miedo que no sabe cuándo apareció, que nadie confiesa, aun cuando todo el mundo percibe que está allí. Camino a su casa alguna vez lo sintió, por lo que tuvo que buscar refugio en un Oxxo de turno. En el trabajo también le sucedió. Qué sería de él si lo despidieran. No sabría cómo pagar los altísimos alquileres de la capital. Durante todo ese día, y los siguientes, solo repitió "mande", un verdadero mantra de supervivencia en esta ciudad. La oscuridad también lo ha asustado, pero, por, sobre todo, desde hace años lo aterroriza haber dicho algo inadecuado, escrito algo contra quien no debía o simplemente haberlo insinuado. Qué decir cuando un carro pasa cerca de él.

Sin embargo, caminando por Avenida Reforma siente que ha obtenido un respiro. Allí Ignacio se nota inusualmente tranquilo, incluso entre esos enormes monumentos al capital que le recuerdan su insignificancia. No importa, ahora Ignacio camina seguro, embobado, pendiente de esos grandes edificios, de esos diseños modernos, altos, futuristas, llenos de vidrios que parecen ser así para acentuar la mutua vanidad. Por un momento, se ha sentido uno más de esos que transitan ahí impunes con sus dólares a la vista. Por un momento ha sido así, pues casi llegando al Barrio Rosa un ser andrajoso, sucio, al que apenas se le ve el rostro, ha aparecido de la nada. No hay duda, le parece una incongruencia en ese lugar. Ignacio rápido ha intentado escabullirse, pero el tráfico de Ciudad de México siempre está pesado. No alcanzará a cruzar la avenida antes de chocar contra él. Debe respirar: la pobreza lo asusta más que nada. Debe respirar y prepararse para solemnemente decirle que no tiene un solo peso.

Veritas liberat nobis.

Piensa además en plantearle que trabaje, porque tiene dos manos buenas, igual que él. En el fondo cree que él buscó su miseria. Es un acto moral recordárselo, piensa.

Súbito el terror regresa como un golpe directo a la boca. Ignacio se ha congelado de golpe frente a él, antes de poder decir palabra alguna. El mendigo, de su misma estatura, lo ha visto directo a los ojos reconociendo en estos un espejismo propio. Esos ojos cafés ya los conoce, piensa Ignacio, mientras el tiempo allí se convierte en el de un sanatorio. No puede moverse, solo tiembla ante esta extraña revelación. Esa boca, esas cejas, esas facciones, las conoce, aun debajo de toda esa tierra. No es posible. Es el mismo rostro que ha visto en la mañana frente al espejo. El vagabundo no le ha pedido monedas. No obstante, ha puesto su mano sobre su hombro dándole un pésame anticipado. Ignacio ha reconocido el peso de su propia mano. No es posible. El hombre ha sonreído con tristeza para luego seguir sin rumbo sin decir palabra. Ignacio, en tanto, ha comenzado a desaparecer en sus propios pensamientos.

Por: José Baroja